

La India cumple cincuenta años

Ignacio Rupérez
Subdirector General de Asia
Continental, Dirección General
de África, Asia y Pacífico,
Ministerio de Asuntos Exteriores,
Madrid

Cachemira. Deliberadamente quiero comenzar por el tema que constituye el principio y debería constituir el término de la continuada situación tormentosa que ha presidido, desde agosto de 1947, la independencia de la India, como ha presidido la de Pakistán. Ambos países agrupan una población de más de 1.000 millones de personas, tienen proximidad o fronteras con Rusia y China, su estabilidad es vital para una amplia región y para buena parte de la Humanidad. No hay cosa que más irrite a pakistaníes e indios que la comparación y la relación que entre ambos países suelen hacer casi todas las referencias internacionales: como si ninguno de los dos países pudiera nunca ser tratado en sí mismo y, en el caso de la India, como si un país tan inmenso, democrático, relativamente estable desde el punto de vista político, un país que estaría llamado a encabezar las listas de los sistemas económicos mundiales, mereciese ser situado al lado de un vecino que considera menor en todos los aspectos.

La cuestión de Cachemira es responsable de esta injusticia, o de tal tratamiento asimétrico. Es una causa del desprestigio internacional para la India, siendo la otra su política nuclear, que será abordada más adelante. Pero es una cuestión cuya importancia rebasa con creces la de un simple contencioso territorial. A los 50 años de la independencia de la India todavía se duda seriamente, en círculos políticos y académicos, sobre el acierto de una partición -que indudablemente ha resultado tan desastrosa como la partición de Palestina- y la creación de dos hogares nacionales para hindúes y musulmanes, con todo el conocido resultado de transferencias de población, creación de minorías, persecuciones y matanzas, suficiente para fabricar dos enemigos irreconciliables, dos enemigos íntimos, en un permanente estado de resentimiento y de antagonismo. Para que tal situación durara aún más y se renovara de padres a hijos, se proporcionó a indios y pakistaníes Cachemira. El porvenir de los dos países pasa inexorablemente por la resolución del conflicto. Éste lleva 50 años sin encontrar solución, y para la India y Pakistán reviste una elevadísima carga sentimental, un significado político de primera magnitud, perteneciente al irredentismo y la integridad del territorio nacional. Cachemira es en gran medida la causa de dos guerras entre Pakistán y la India, de la vertiginosa carrera de armamentos que los dos vecinos han emprendido, así como de su participación en sendos juegos de alianzas fomentadas por la Guerra Fría, en aplicación casi literal de las recomendaciones de Maquiavelo: Pakistán junto a China contra la India, contando también con la ayuda de Estados Unidos para controlar a la Unión Soviética; y la India junto a la Unión Soviética para defenderse de Pakistán, advertir a China y contrapesar el desfavor de Estados Unidos.

Si Cachemira configura uno de los más importantes ejes en la política exterior de ambos países, obsesionado cada uno por la amenaza del otro, también ha supuesto una serie de costes incalculables para sus respectivos sistemas económicos, sociales y políticos, impidiendo igualmente la normalización de relaciones. Por si fuera poco, con el paso del tiempo el conflicto de Cachemira, como por lo demás el conflicto de la partición de Palestina, no se ha mitigado en absoluto, no ha perdido nada de su trágica virtualidad para generar odio y desconfianza entre los dos países, cada día aumentando en intensidad y complejidad, renovado generación tras generación. De ahí que desde los años ochenta el conflicto haya entrado en una nueva fase, en la que nos detendremos por su carácter globalizador y porque sirve de introducción para examinar la posición y la fisonomía de la India en el cincuentenario de su independencia. Esta nueva fase del conflicto está determinada por:

1. La emergencia y la intensificación, a partir de 1989, de un poderoso movimiento separatista-autonomista, independentista o anexionista- entre

los indios musulmanes de Cachemira. Su acción ha sido acompañada de una vigorosa respuesta militar por parte india. Entre las fuerzas militares de ambos países las escaramuzas a ambos lados de la línea de alto el fuego son constantes, por ejemplo hasta febrero de 1996. El problema político entre la India y Pakistán sobre Cachemira se ha visto caracterizado en los últimos tiempos como un problema de Derechos

Humanos en el territorio, cuya violación Pakistán se esfuerza en denunciar en instancias internacionales. Por su parte la India considera a Pakistán como un Estado al menos aficionado al terrorismo, cabeza del fundamentalismo islámico después del retroceso de Arabia Saudí e Irán, promotor de desórdenes y descontento entre la importante minoría musulmana en la India, e interventor en la guerra de Afganistán en favor de los talibanes.

2. Una serie de cambios en el ambiente militar y político que preside las relaciones entre la India y Pakistán. Ello incluye la transformación de ambos países en sendos Estados nucleares que, además, han adquirido la capacidad de fabricar y utilizar misiles de diverso alcance, con

posibilidad de portar cabezas nucleares y muy probablemente orientados hacia el vecino; la guerra de baja intensidad que los dos vecinos libran en el glaciar de Siachen, con más víctimas causadas por el frío que por las balas en ambas partes, las cuales estarían negociando no el cese de las hostilidades, sino que éstas se produzcan a menor altitud; el acceso de los políticos civiles a la vida pública pakistani; el ascenso del nacionalismo hindú, o del hinduismo político, en la vida política de la India que, finalmente, se ha convertido en un sistema multipartidista, con un relativo oscurecimiento del Partido del Congreso que tendrá más y más difícil la obtención de mayorías absolutas.

3. Una serie de cambios de carácter global y regional en el ámbito militar y político en las relaciones entre la India y Pakistán. Es decir, la retirada de la Unión Soviética de Afganistán en 1989, y la guerra constante hasta la caída de Kabul en manos de los talibanes en el invierno de 1996; la misma desaparición de la Unión Soviética en diciembre de 1991, sucedida por la aparición de varias repúblicas islámicas e independientes en Asia Central; el colapso y la trabajosa reanudación de las relaciones militares entre Rusia y la India; la transformación económica de China; la interrupción de la ayuda norteamericana a Pakistán, que desde 1991 deja de ser considerado por Washington como una avanzadilla de la Guerra Fría, y pasa a ser un país sospechoso de inclinaciones terroristas y fundamentalistas y contrario a la no proliferación nuclear; y, en fin, la aparición de normas internacionales de creciente efectividad para el respeto de las minorías y de los Derechos Humanos.

Proceso de cambios radicales

Resultan inevitables las referencias a Cachemira y Pakistán que, sin embargo, no son objeto directo de este trabajo. Pese a los datos negativos que estas cuestiones suponen todavía para la India, el país ha comenzado a experimentar un proceso de cambio radical en su fisonomía y en su proyección exterior, provocado por las modificaciones en el entorno internacional y por su franca orientación en favor de la reforma de su sistema económico. Precisamente esta opción ha desplazado a un relativo segundo término las consabidas cuestiones de Cachemira y Pakistán,

“El conflicto de Cachemira lleva 50 años sin encontrar solución, y reviste significado político de primera magnitud”

alentando un interés creciente entre la población y los políticos sobre los problemas y el futuro de la reforma económica, iniciada por los gobiernos del Partido del Congreso -primero por Rajiv Gandhi y luego por Narasimha Rao- y hoy en manos del Gobierno del Frente Unido que desde junio de 1996 preside Deve Gowda. En tal perspectiva se especula ya si para el año 2020 la India podría alcanzar y superar el desarrollo de China o su población.

Con una extensión de 3.287.263 km² y una población que a mediados de 1995 se calculaba en 938 millones, la India es el sistema democrático más grande del mundo, con una gran riqueza en culturas y religiones. La religión hindú se extiende al 82% de la población, pero un 12% -más de 100 millones de personas- es de religión musulmana; los cristianos, sijs, budistas y jains constituyen las demás minorías religiosas más relevantes. El Estado indio concebido por Gandhi, Nehru y el Partido del Congreso es, con diversas tensiones, el que se mantiene hasta hoy como modelo democrático, secular, abierto a todas las religiones, las castas y los territorios de la Unión India. El Partido del Congreso ha conseguido mantenerse en el poder 44 años desde la independencia y, aunque perdiera las elecciones en la primavera de 1996, sus oportunidades políticas siguen siendo de primera categoría en un país donde ha gozado de la tradicional hegemonía política. Su actual posición resulta esencial para el mantenimiento de la estabilidad de la coalición gubernamental en el poder. En repetidas ocasiones se ha afirmado que los padres de la patria en la India eran mejores políticos que economistas. Es decir, que el modelo político por ellos creado ha resultado ser más eficaz, resistente y duradero, que el sistema de economía centralizado y planificado arrastrado con progresivas dificultades desde los años ochenta. De carácter autárquico e intervencionista, con un extremado complejo de controles económicos, tal sistema sólo empezó a liberalizarse en los años ochenta, con el Gobierno de Rajiv Gandhi. Éste inició un proceso de apertura económica que, aun sin dismantelar las numerosas regulaciones ni reducir de manera sustancial las dimensiones del sector público o el régimen de subvenciones, sí contribuyó a abrir un camino de empleo para las energías económicas del país. Hasta entonces los problemas con la balanza de

pagos, o con el déficit presupuestario, solían tratarse mediante el refuerzo de los habituales controles del Estado, omnipresente en los sectores más destacados de la producción nacional. No obstante la ineficacia progresiva de ese sistema, en 50 años de independencia la India ha conseguido espectaculares resultados respecto a la industrialización o la lucha contra la pobreza.

El sistema económico indio tiene grandes dosis de dualidad. La India es un gigante por su nivel de desarrollo tecnológico y de producción industrial, dispone de cuadros profesionales de todos los niveles, altamente preparados; pero también es un país cuyo 70% de la población se dedica a labores agrícolas. La tercera parte del Producto Nacional Bruto se nutre precisamente de las actividades del sector primario. Además el nivel medio de la explotación agraria sigue siendo bajo. Sólo una tercera parte de la tierra cultivada es de regadío, por lo que la mayor parte de la agricultura depende del régimen de monzones, es de subsistencia y se beneficia de un amplio sistema de protección estatal; precios protegidos, subvenciones para fertilizantes y combustibles, etc. Pero donde la dualidad del sistema indio se observa de manera más dramática es en los 200 millones de personas que estarían hoy viviendo en el límite de la pobreza, fuera de la economía monetaria. Esta categoría se ha ido reduciendo de manera paulatina, pero su elevado volumen todavía explica la imposibilidad o dificultad en reducir de forma drástica las subvenciones o los programas públicos de asistencia. Con el paso del tiempo parece haberse fundamentado en general una cierta identificación entre la ineficacia productiva y la excesiva intervención del Estado en la economía. Ya al principio de los ochenta la India pidió por vez primera la ayuda del Fondo Monetario Internacional, cuyos primeros programas comenzaron a aplicarse en el año 1991. Desde entonces el Gobierno se ha esforzado en mantener la disciplina macroeconómica y mantener el ritmo de la aplicación de la agenda reformista. Encuentra resistencias en la burocracia estatal, en los sectores agrícolas y sindicales, así como ciertos Estados y las empresas públicas. Su viabilidad depende también en buena medida de los gobiernos de los Estados, de los imponderables de una democracia y de la misma estabilidad política del país. Las vicisitudes y el éxito de la reforma económica en la

India, en comparación con la reforma económica en China, derivan no sólo de que en dicho país ésta comenzó diez años antes sino también, de que se produce en un contexto democrático y de Derechos Humanos, con elecciones periódicas a nivel estatal y nacional, tribunales independientes, multipartidismo y prensa libre, y, repito, con una estructura federal en que los Estados disponen de grandes márgenes de poder.

Precisamente la reforma parece estar concediendo a los Estados más posibilidades de protagonismo, y marcando de forma progresiva una bipolaridad entre la India desarrollada y la subdesarrollada. La brecha entre una y otra estaría ampliándose a medida que se liberan los controles económicos, lo que se considera que en el futuro puede constituir una nueva fuente de tensiones, además de las que se producen entre religiones y castas. Algunos Estados comienzan a destacar como polos de desarrollo, especialmente los Estados occidentales de Maharashtra, que incluye Bombay (12 millones de habitantes) y Gujarat, así como Haryana

Punjab, Goa y posiblemente Karnataka, que incluye Bangalore (4 millones de habitantes). Al mismo tiempo

“Entre los hindúes no ha desaparecido el resentimiento por siglos de dominación musulmana, el antiguo miedo al Islam militante”

por la pobreza y el subdesarrollo se estarían concentrando en Estados situados en el norte y en el este del país, es decir, en Bihar, Orissa y Uthar Pradesh. Este último es precisamente el más poblado de la India.

Incierta coalición gubernamental

Las elecciones generales de 1996 no dieron escaños suficientes a ningún partido para formar su propio Gobierno. En el mes de junio consiguió al fin formarse el Gobierno de la coalición del Frente Unido, una coalición proteica de 13 partidos que además no dispone de mayoría parlamentaria. Depende para su supervivencia del apoyo que le presta el Partido del Congreso. En realidad lo que ha hecho este partido es obstaculizar al Partido del Pueblo Indio (PBJ, Partido Bharatiya Janata), nacionalista hindú, en sus intentos de formar Gobierno. Aun así, el PBJ sigue siendo el partido con más escaños en el Parlamento. Hasta ahora el primer ministro del

Gobierno del Frente Unido, Deve Gowda, ha demostrado habilidad en mantener unida una coalición gubernamental tan numerosa y dispar, así como en continuar con el consenso a favor de la política de reformas, de cuya necesidad ya nadie parece dudar. Normalmente se puede no esperar larga vida para una coalición gubernamental que incluye desde comunistas duros a ultraliberales, con partidos que además representan intereses contrapuestos de diversos Estados, especialmente los que oponen a Tamil Nadu y Karnataka, y a Karnataka contra Andhra Pradesh, siempre por la utilización del agua. En consecuencia, los análisis se centran en el porvenir del Partido del Congreso y en lo que acarrearía un gobierno del PBJ. Al anterior primer ministro, Narasimha Rao, le quedan pocas posibilidades de supervivencia política: derribado electoralmente en los comicios de 1996, ha perdido sucesivamente la presidencia del Partido del Congreso en septiembre, y la del grupo parlamentario en diciembre, sustituido en ambas instancias por Sitaram Kesri, además de estar procesado por diversos cargos de corrupción que le pueden llevar a la cárcel.

Pero ni el Partido del Congreso, ni los partidos de la izquierda, parecen interesados en provocar hoy una crisis gubernamental que sin dudas favorecería al PBJ, el cual también se habría beneficiado ya del desencanto creado por el torrente de revelaciones sobre corrupción que afecta a miembros de antiguos gobiernos del Partido del Congreso. Se considera, de manera más bien negativa y temerosa, al PBJ como al partido identificado con el nacionalismo hindú, responsable de alguna manera de enfrentamientos con otras comunidades religiosas, en concreto con los musulmanes, quizás la minoría de equilibrio más inestable en el seno de la India. Sin embargo los 13 días del Gobierno del PBJ, que a principios de 1996 presidió A.B. Vajpayee, sirvieron para despejar relativamente la imagen de fanatismo sectario del PBJ. Sin duda este partido espera una nueva oportunidad para demostrar su fuerza electoral y su predicamento popular, y llegar a formar Gobierno propio. Para ello deberá perfilar su agenda económica, esforzarse en no asustar a partes sustanciales de la población india que no se identifican con el nacionalismo hindú y, en fin, consolidar su unidad interna. Hoy el PBJ agrupa a radicales hin-

dúes, pero también a tecnócratas y hombres de negocios que son moderados políticamente y que sólo ven en él la única alternativa posible al Partido del Congreso. Pero el PBJ es mucho más que un partido político. Es un fenómeno social en un gran país, plural, que se siente frustrado internacionalmente, que no es del todo ni asiático ni occidental, y cuya religión dominante, el hinduismo, sólo tiene su lugar y su hogar en la India. En un país con tantas divisiones de tipo religioso, social, geográfico, de casta y de lengua, quizás el principal mérito de las reformas de Rao ha sido sustituir las preocupaciones políticas por otras surgidas de la inevitable y urgente respuesta al desarrollo económico del país. Por supuesto que éstas también suscitan tensiones que pueden superponerse a, e incrementar, las ya existentes. Los movimientos separatistas de los sijs en el Punjab y de los musulmanes en Cachemira han contribuido a fortalecer la idea, sostenida por el PBJ, de que sólo los hindúes tienen su lugar natural en la India. Sucesos como la destrucción, en diciembre de 1992, de la mezquita de Babri en Ayodhya, a manos de radicales hindúes, crearon una espiral de violencia con más de 1.700 muertos, en que los musulmanes indios vieron muy amenazadas sus posibilidades de vida pacífica en el país. Motivos históricos, demográficos y políticos, confluyeron en un tipo de situaciones de la máxima gravedad para la convivencia nacional.

En la India se asiste a la paradoja de una mayoría con complejo de minoría: los hindúes se sienten amenazados y aislados porque el resto del mundo no es hindú. Los cristianos dominan algunas partes del mundo y los musulmanes otras, pero los hindúes dominan sólo en la India. Por ello se trataría en la India de hacer del hinduismo un sinónimo de nacionalismo, incompatible con un nacionalismo de los indios musulmanes o de los indios sijs, por no referirse a la posibilidad de nacionalismo indio entre los tameses, y un larguísimo etcétera. Entre los hindúes no ha desaparecido el resentimiento por los siglos de dominación musulmana, el antiguo miedo al Islam militante, un miedo intensificado por la obsesión con Pakistán, la Guerra Santa en Afganistán, la revolución en Irán, la emergencia de varias repúblicas islámicas en Asia Central y, por si fuera poco, por las revueltas musulmanas en Cachemira. Por ejemplo, el PBJ ha solido reaccionar vivamente ante

cualquier posibilidad de concesión respecto a Pakistán y Cachemira, en contra de la opinión pública musulmana dentro y fuera del país. También ha reaccionado contra los planes de reforma económica, la entrega de la soberanía económica a instancias internacionales con motivo de la firma de los acuerdos del GATT (Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio), o contra el abandono de la política nuclear. El PBJ representaría a una clase media hindú, patrioter, que se siente amenazada en su cultura o en su nivel de vida. Ciertamente ha tenido la habilidad de convertir deseos y recelos en una opción y un mensaje políticos de alcance nacional. Con una misma mentalidad nacionalista hindú, excluyente de otra clase de indios, el PBJ aborda las cuestiones de la política nuclear y de la defensa nacional, las de Pakistán y Cachemira, pero también los problemas de la inmigración de trabajadores musulmanes desde Bangladesh, y las preocupaciones, dentro y fuera de la India, por el auge del fundamentalismo islámico. Quizás sea hoy inevitable el auge del PBJ y del nacionalismo hindú, incluso su triunfo electoral en un plazo tal vez próximo. De ser así, se arrojarían sombras sobre aspectos muy delicados de la política interior y exterior del país, sumando presiones adicionales a los esfuerzos que las autoridades realizan contra las numerosas tendencias centrífugas y para, en definitiva, continuar con el modelo de una India secular y democrática en que tengan cabida todos los indios.

Entre los Gobiernos de los Estados y el Gobierno de Nueva Delhi el proceso político y las meras relaciones han registrado, en los años ochenta y noventa, una continua divergencia, pluralidad e incluso confrontación, según los resultados electorales respectivos registrados en un país democrático. Tal variedad es un magnífico atributo de la vida política nacional pero, eso sí, supone mucha más complicación a la hora de acometer un amplio movimiento de reformas como el introducido en la India. Lo que parece definitivamente descartado es la conocida seguridad de los gobiernos del Partido del Congreso y sus mayorías absolutas, en un país que cada día experimenta más síntomas de pluralismo y en un partido que necesita renovar con urgencia programas, imagen y dirigentes. Sin embargo a los 50 años de la independencia de la India, y a la vista de las amenazas que surgen contra la cohesión del país y su estabilidad social, el modelo o

las intenciones que ha aportado el Partido del Congreso a la historia política nacional, resultan aún muy valiosas. El carácter laico del Estado, la concepción de la India para todos los indios, el sincretismo, el pluralismo y la tolerancia, valores defendidos todos ellos como atributos de la cultura india y no sólo del hinduismo, tal y como históricamente se ha configurado dicha cultura, atributos que se sitúan en el mismo centro del discurso político del país, siguen siendo las mejores bazas con que cuenta la India.

Saldos negativos

Conviene insistir sin embargo en que son el conflicto de Cachemira y la política nuclear los que parecen haber hecho acumular a la India más saldos negativos, al menos en su política exterior o en su reputación internacional. Al menos, ya que ambos temas y su tratamiento tradicional por el *establishment* político indio, gozan de inmensa popularidad en el país y mueven resortes muy poderosos en su opinión pública. Detener a Pakistán y China y

amenazarles con el arma nuclear para impedir cualquier tipo de agresión armada y apetencia territorial, resulta ser un concepto fundamental en la doctrina de la seguridad india, que sólo ha comenzado a revisarse, y con resultados muy alentadores, en las relaciones con China. El presidente

Jiang Zemin ha visitado Nueva Delhi en diciembre de 1996. El fin de la

Guerra Fría y de sus correspondientes alianzas ha hecho efectivamente posible que India y China estudien sus problemas territoriales y establezcan medidas progresivas de creación de confianza en sus respectivas fronteras. Ha permitido también un mayor entendimiento con Estados Unidos. En este panorama de normalización sólo queda por resolver el contencioso de Cachemira y el entendimiento con Pakistán, cuestiones pendientes desde el primer día de la partición y la independencia, agravadas ciertamente por los pactos internacionales que promovía la bipolaridad de la Guerra Fría, pero con una agitada vida propia y una renovada capacidad destructiva.

En 1996 la India fracasó en sus intentos de lograr un puesto en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Sin duda el mal resultado se relaciona con su actitud respecto al Tratado de Prohibición Total de Pruebas Nucleares (CTBT). Fue solicitada vivamente la adhesión de la India al tratado por ser uno de los 44 países del mundo con capacidad nuclear. Pese a las fuertes presiones internacionales, especialmente las procedentes de Estados Unidos, la India se mantuvo en su posición tradicional: la bomba es un instrumento necesario para disuadir a China y Pakistán. El debate del tema en el escenario político indio ha evidenciado un elevadísimo índice de solidaridad multipartidista en torno al mantenimiento del arma nuclear, la negativa a entregar o destruir esta clase de armas, y la necesidad de continuar con los programas de experimentación e investigación nuclear y de misiles. En definitiva la India pretendería mantener abierta la opción nuclear y negociar en su día un tratado que sea universal, no discriminatorio, en el que se establezca un sistema de no proliferación, siguiendo las líneas de las convenciones sobre armas químicas más que las líneas del Tratado de No Proliferación nuclear. Ciertamente la India no es el único país dedicado al arma nuclear y los misiles. El término de la Guerra Fría ha contribuido de manera sustancial a activar las ambiciones nucleares por doquier, en especial entre países con cierto grado de simplicidad política y de subdesarrollo económico, marginación internacional o conflictos delicados en sus fronteras. La India teme verse convertida en un conjunto nacional inmenso pero periférico en un mundo que ya no es bipolar. Pakistán a su vez teme verse abandonado, sin la protección de una gran potencia en su constante conflicto con la India, cuyo nuevo estallido ninguna de las partes descarta en absoluto. No se puede dejar de reconocer que la India tiene motivos legítimos al rechazar la tradicional definición estratégica que de la inmensa región del Asia del Sur se hacía en función de la existencia de la Unión Soviética, y al pretender que el debate nuclear se amplíe también a Asia Central, Rusia y China. De esta manera la India intentaría ganar tiempo, internacionalizar aún más la discusión sobre la proliferación nuclear en el mundo y, en el caso de verse obligada a hacer concesiones en su política nuclear, conseguir la no proliferación y el alejamiento de misiles, alrededor de sus fronteras y en toda Asia del Sur.

“Sin su capacidad nuclear, la India teme verse convertida en un conjunto nacional inmenso pero periférico en un mundo que ya no es bipolar”

La Guerra Fría y la cuestión de Cachemira rebajaron de manera acelerada la calidad ideal que se intentaba para la política exterior y la presencia internacional de un joven e inmenso país al acceder a la independencia. Una política y una presencia que se basaban en el no alineamiento y en la defensa de las grandes ideas, los principios y las causas justas de la sociedad internacional salida de la Segunda Guerra Mundial y encuadrada en las Naciones Unidas. Primero se vio obligada a aliarse con la Unión Soviética contra Pakistán, más tarde entró de hecho en una colusión con Estados Unidos para contener a China. Libró tres guerras contra Pakistán, dos de ellas por Cachemira, una guerra abierta contra China y diversas guerras de baja intensidad. La guerra del Golfo y la desintegración de la Unión Soviética han generado la aparición de un mundo distinto, mucho más rico y variado, libre y conflictivo, en el que la India ha vuelto a formular su pensamiento y su estrategia en función de nuevos amigos y enemigos. Desde los años noventa, y en correspondencia con la política de reformas, la India ha escogido moverse en la escena internacional de manera muy poco idealista, activista o internacionalista, con mayores dosis de pragmatismo en la búsqueda de sus intereses reales. Así se entiende su acercamiento a Sudáfrica, antes incluso de Mandela, y a Israel. En la estela de las enseñanzas de Nehru y de Gandhi, habrían sido imposibles tales movimientos. La India tenía que ser, según sus concepciones, idealista en el exterior y autárquica en el interior, mantenerse por sus propios medios y luchar por las causas justas de la Humanidad. Los esfuerzos de la India para intensificar su presencia y su participación en el mundo recibieron nuevos impulsos a partir de los años noventa que, a su vez, suponían una ruptura notable con lo hecho hasta entonces. Efectivamente la política de reformas del Partido del Congreso en la época de Rao como primer ministro pretendía la apertura del país a través de un desarrollo basado en los intercambios comerciales y la inversión internacional. El tradicional trípode de la política exterior de la India durante los pasados 40 años -unidad nacional e integridad territorial, no alineamiento y autarquía- no ha sido abandonado por completo. Lo que ocurre es que difícilmente puede aplicarse, desde luego no a ultranza, en el mundo en que vivimos. Por todo

ello las relaciones del país con las más importantes naciones del mundo, sus intercambios con Rusia, su actitud con el resto de Asia y con lo poco que queda de los países del Movimiento de los No Alineados, está siendo sometido a una importante revisión.

En este proceso de revisión, el acontecimiento de mayor importancia es seguramente la continuada normalización de relaciones entre China y la India, a la que nos referimos antes. Siguiendo un modelo de enorme valor político y académico, ambos gigantes han firmado acuerdos sobre el trazado de fronteras, han suscrito programas para la retirada escalonada de tropas y para la creación de medidas de confianza, así como para el incremento de los intercambios culturales y comerciales. Los acuerdos fueron firmados durante la visita a China del primer ministro Rajiv Gandhi en 1988, y la del primer ministro Li Peng a la India en diciembre de 1991. Son tan bien vistas las buenas relaciones con China, vecino al que se teme y admira -al vecino pakistaní más bien se le desprecia y se le teme- que en determinados círculos de veteranos izquierdistas en la India, nostálgicos de la Guerra Fría en cierta manera, se ha barajado la posibilidad de que los dos países lleguen a constituirse en sólida alianza contra la hegemonía de Estados Unidos en la política y en el comercio mundiales. En otros círculos se insiste en que a largo plazo China es el principal enemigo de la India. En cualquier caso, con la pacificación de la frontera norte y la distensión con China, la India ya ha empezado a recibir importantes dividendos; ha podido retirar fuerzas militares y comprobar un apoyo mucho más matizado y prudente de los chinos en favor de su tradicional aliado pakistaní, en la cuestión de Cachemira y en algún tema de Derechos Humanos. El acercamiento entre ambas grandes potencias igualmente ha reactivado la hipótesis sobre cuál de las dos sobrepasará a la otra en la carrera del desarrollo y el éxito económico, sobre qué modelo será en definitiva más eficaz para generar progreso en un país subdesarrollado. Hoy China crece cuatro veces más rápido que la India, las exportaciones chinas son cuatro veces mayores que las indias y ambos países exportan prácticamente los mismos productos. Ciertamente la reforma económica comenzó diez años antes en China. La comparación entre ambos

países, o mejor dicho entre ambos sistemas, no debe eludir, aparte de los resultados inmediatos, determinados datos que a largo plazo podrían suponer una mayor ventaja para la India, mayor mérito para ojos occidentales, y pueden hacer de ella incluso un ejemplo a seguir; su sistema judicial independiente, su estructura democrática, su libertad de prensa y, en definitiva, la falta de contradicción entre la gestión política y la gestión económica.

Acercamiento con Estados Unidos

Los cambios en la política mundial y en la política doméstica han contribuido igualmente a que los políticos indios dejen de considerar a Estados Unidos como un adversario. Por parte norteamericana además no se olvida que la India es una potencia regional de primer orden, incluso una gran potencia algún día, con un sistema democrático y capitalista en transformación. La India tiene preocupaciones respecto a la seguridad regional que convergen con las de Estados

Unidos. El redescubrimiento que la India habría hecho de este último gracias al deshielo internacional ha sido propiciado también por los graves problemas que ha encontrado con los suministros militares que adquiría en la Unión Soviética y que hoy debe obtener de Rusia, con su necesidad en tecnología occidental y en inversión directa. Si el comercio, el desarrollo y la percepción de los peligros potenciales por

“El desarrollo económico puede hacerse más lento en un país con el gran mérito de acometer su transformación en un sistema democrático”

la expansión del Islam en el mundo, contribuyen a acercar a Estados Unidos y la India, persisten entre ambos países importantes motivos de desacuerdo que pueden ensombrecer de manera sustancial tal panorama de optimismo. Estados Unidos parece estar muy decidido a obstaculizar los programas de misiles y de armas nucleares de la India, sin que esta voluntad estratégica haya estado hasta ahora muy acompañada de comprensión y sensibilidad hacia los sentimientos indios. Aunque en los últimos meses se ha observado una cierta normalización en los suministros militares rusos, los intercambios de los dos países no podrán nunca recuperar, ni en el plano político y estratégico ni en el plano comercial, la

importancia y el volumen que alcanzaron con la Guerra Fría. Se calcula que la India adquiriría el 70% de su material militar en la Unión Soviética, siendo el máximo comprador de armas y piezas de repuesto soviéticas en todo el mundo. Además los intercambios comerciales se hacían en base a precios políticos, trueque y monedas nacionales, algo impensable ya para ambos países. La nueva convergencia de intereses entre la India y Rusia puede producirse en torno a la evolución de Asia Central. Pero hasta el colapso de la Unión Soviética las relaciones indo-soviéticas prosperaron por la necesidad de encontrar un contrapeso a Occidente, además del hecho de compartir diversas preocupaciones estratégicas y de seguridad. Hoy tales relaciones prosperarán en primer término por los intereses comerciales, siendo afectadas tan sólo de manera marginal por la estrategia y la seguridad. Es decir, el modelo de relaciones puede ser justamente el inverso del que era.

Nos hemos detenido en las relaciones de la India con China, Estados Unidos y Rusia, porque, con la liberalización acarreada al término de la Guerra Fría y con la emergencia económica de China y el Sudeste asiático, el panorama que se configura en Asia es el que se refiere a cinco grandes potencias, el mayor índice de crecimiento económico del mundo, y una impresionante concentración de fuerzas militares y de poder nuclear en manos de cuatro de las cinco grandes potencias, con la única excepción de Japón. Por su larga rivalidad con China y su política de no alineamiento, la India durante mucho tiempo ha tenido escaso interés hacia el Sudeste asiático, de cuyo auge económico no se beneficia apenas, y de cuyas instituciones regionales, especialmente la ASEAN (Asociación de Naciones del Sudeste Asiático) y la APEC (Cooperación Económica Asia-Pacífico), se encuentra más bien ausente. Muchos de estos países perciben a la India como una amenaza, y en sus análisis sobre economía y política exterior del país se plantea repetidamente la posibilidad de que la India proyecte su presencia hacia el exterior, tanto mediante la intensificación de exportaciones como por el refuerzo de su escuadra mediante nuevos portaa-viones. Por parte de terceros países de la región no parece haber todavía un modelo de relaciones con la India, un interés hacia ese país, ni garantías suficientes si la presencia india no va arropa-

da de un mayor entendimiento y una cooperación más estrecha entre Nueva Delhi y Washington. El proceso de cambios en la India y la emergencia del Sudeste asiático están provocando efectivamente un cambio de orientación en el país, que hasta ahora miraba hacia Occidente. Con bastante retraso respecto a China y el Sudeste asiático, la India intenta sumarse a esa corriente ascendente de los países de Asia. Los datos actuales permiten imaginar para el siglo XXI a una India con un sistema económico más desarrollado y competitivo, volcado hacia el Sudeste asiático y la región del Pacífico, con un mayor grado de entendimiento y cooperación con el vecino chino, y en búsqueda de la proyección del poder nacional en el océano Índico y el Pacífico. Es posible también que la India y Estados Unidos progresen en el entendimiento recíproco, hasta ahora perjudicado por el juego de alianzas y de intereses creado por la Guerra Fría, así como por la política nuclear. Por supuesto, el proceso de desarrollo económico y de integración regional de la India puede detenerse, hacerse más lento e incluso retroceder por la serie de factores aleatorios que actúan en un país con el gran mérito de acometer su transformación en un sistema democrático.

El progreso de la India se deterioraría de manera sustancial con las alteraciones posibles, examinadas más arriba, relativas a las relaciones entre los Estados, el debilitamiento del poder central o los enfrentamientos entre religiones y castas. En tal panorama, con la ayuda fatal del contencioso de Cachemira y de las tormentosas relaciones con el vecino pakistaní, las naciones occidentales y asiáticas se lo pensarían dos veces antes de invertir en, o comerciar con, la India; sus relaciones con las instituciones financieras internacionales se verían perjudicadas, la democracia y los Derechos Humanos se encontrarían en entredicho, y todo ello crearía tensiones en las relaciones exteriores del país. El deterioro en las relaciones con el mundo islámico, la pérdida del espíritu de pacto y compromiso con China y Pakistán, la intensificación de la política nuclear, de fabricación de misiles y de gastos militares en general, una política naval agresiva, etc., constituyen las hipótesis de una India que contribuiría a causar celos en la región del Sudeste asiático y del Pacífico, más que a integrarse en ella.

A los 50 años de su independencia la India está revisando su pasado reciente, incluso rompiendo con él. Sus esfuerzos para integrarse en Asia y para pertenecer plenamente a la economía mundial, escenarios de los que hasta ahora ha estado bastante ausente, generan importantes preguntas sobre la identidad nacional. Por mucho que deba revisarse la concepción que de la India tuvieron los fundadores de la Patria, en el plano económico y en el plano internacional, aquella guarda su relevancia en cuanto a la voluntad de configurar una nación democrática y para todos los indios. La experiencia de la India merece la simpatía y el apoyo de Occidente, no sólo por tratarse de un país cuya estabilidad y progreso resultan esenciales para el mundo. También porque la experiencia y la apuesta de la India son incluso más ambiciosas que las de China y Pakistán. Los tres países sólo coinciden en la percepción de la necesidad de la reforma y de la apertura, que todos consideran realizables en un clima de estabilidad política. “La India llama la atención por su diversidad cultural, su tradición democrática y su dinamismo económico recientemente renovado”, se afirma en la Comunicación de la Comisión al Consejo titulada Aumento de la asociación UE-La India. Efectivamente para ojos occidentales el mérito de la India, y su originalidad, ambos sin precedentes, residen en no haber escogido una vía comunista como China, o una vía religiosa como Pakistán. Sino en ceñirse a una vía democrática y al marco de una Constitución liberal, pese a las bolsas de pobreza, a las deficiencias en infraestructuras y en servicios sociales y otros problemas típicos en una sociedad postcolonial. Ninguno de los países que tanto asombran hoy a Occidente por su despegue económico ha procedido a las reformas en un orden pluralista y democrático como el que ha conservado y trata de fortalecer la India.

Referencias bibliográficas

Aumento de la Asociación Unión Europea-la India (1996), Comunicación de la Comisión Europea al Consejo de la Unión Europea, Bruselas.

Brass, P.B. (1996) *The Politics of India since Independence*. Cambridge: Cambridge University Press.

Chase, S. et al. (1996) "Pivotal States and U.S. Strategy", *Foreign Affairs*, 1: 33-51.

Dibb, P. (1995) "Towards a New Balance of Power in Asia", *The Adelphi Papers*, 295.

Gupta, S. (1995) "India Redefines its Role", *The Adelphi Papers*, 293.

"India and South Asia" (1996) *Current History*, abril, número monográfico.

India, Country Profile 1995-1996 (1995). London: The Economist Intelligence Unit.

India, Country Report 4th quarter 1996 (1996). London: The Economist Intelligence Unit.

India-Recent Economic Developments (1996) Document, October 18. Washington: International Monetary Fund.

Kox, D. (1993) *India and the United States; Estranged Democracies*. Washington: National Defense University Press.

Mattoo, A. (1996) "India's Nuclear Status Quo", *Survival*, 3: 42-57.

Mehta, U. (1993) "The Morgue and the Temple. The Rise of Fundamentalism", *Foreign Affairs*, 2: 16-21.

Oldenburg, P. (ed.) (1993) *India Briefing*. Boulder: Westview Press.

Ollapally, D. and Ramanna R. (1995) "US-India Tensions", *Foreign Affairs*, 1: 13-18.

Perkovich, G. (1993) "A Nuclear Third Way in South Asia", *Foreign Policy*, 91: 85-104.

Wirsing, R.G. (1994) *India, Pakistan and the Kashmir Dispute: on Regional Conflict and its Resolution*. New York: St. Martin Press.

Xue Cheng Liu (1994) *The Sino-Indian Border Dispute and Sino-Indian Relations*. New York: University Press of America.